

## UNO – Primera sangre

Cuando Arthur Schreiber oyó el estruendo del gigantesco motor Hispano-Suiza al ponerse en marcha y cobrar vida, le invadió una emoción como jamás había sentido en sus veintidós años. La potencia del enorme motor le hizo estremecerse. Empezó a temblar, se aferró al metal que le rodeaba buscando donde guarecerse de todo lo que iba a suceder. Rompió a sudar y durante unos largos y escalofriantes momentos, se preguntó por qué habría tenido esa descabellada idea. Sin embargo la tuvo y ahora estaba en el avión poniéndola en práctica.

Antes, mientras esperaba solo al amanecer, Arthur había repasado lo que pretendía llevar a cabo, preguntándose de nuevo cómo había podido llegar tan lejos. No era el único que estaba involucrado en ese asunto. Otros le habían animado, le habían insistido en que siguiese adelante, diciéndole que la idea era genial, que nunca se había logrado antes. Si quería ser famoso, más le valdría hacer algo al respecto antes de que se hiciese más mayor.

Cuanto más vueltas le daba, más atrayente se volvía el plan. Y cuando se ponía a pensar en algo, le resultaba casi imposible quitárselo de la cabeza. Su tozudez ya le había metido en líos anteriormente. Pasó por momentos en los que hubiera querido parar, apagar el incendio que había provocado, dar la vuelta a la bicicleta y regresar a casa, pero nunca era capaz de dejar nada a medias. Poner fin a una aventura, una vez emprendida, hubiese sido como abandonar sin descubrir lo que habría podido hacer. Pero esta vez Arthur no se encontraba solo. Harry Clarke estaba con él. El amigo que vivía algunas calles más allá, había aceptado acompañarle. Habían hablado juntos del tema, planeando cómo hacerse famosos, pero Harry acabó rajándose. Justo en el último momento, mientras esperaban bajo la neblina del amanecer, antes de que se congregara la multitud, llegaran los pilotos o aparecieran los periodistas y los reporteros de la radio con sus libretas, micrófonos y entusiastas ayudantes, Harry dijo que no se subía al avión. Era demasiado arriesgado. O morirían o acabarían en la cárcel. Y además, su padre le daría una soberana paliza y su madre le lavaría la boca con lejía. A Harry Clarke le aterraban sus padres, y también le asustaban mucho los de Arthur.